

G. DELEUZE: Encuentro y herida

"Lo asombroso es el cuerpo...; nadie sabe aún lo que puede". Sabemos que el universo es un campo de fuerzas, en el que suceden innumerables encuentros convenientes o perjudiciales, y que cada cuerpo se clasifica por su género/especie pero no se define por ellos ni por sus órganos, sino que consiste en la capacidad de ser afectado y aumentar o disminuir su potencia. Sabemos que la sabiduría consiste en el arte de multiplicar las relaciones saludables, de devenir activos e intensificar la vida, no en el afán de ponerla a salvo. Deleuze afirma incluso que en ese proceso de experimentos, intercambios y activaciones "se transforma la muerte que sube desde dentro, en muerte que llega de fuera"; deja de ser centro y fin, y se convierte también ella en un simple paso: La muerte "tan sólo consiste en pasar su vida a otro" (1). Queda así disuelta y normalizada, deviene exterior y fluida.

Pero, a pesar de su pensamiento, Deleuze, resistente de tanto tiempo en la insuficiencia respiratoria y en la apremiante necesidad de oxígeno, se ha precipitado... y en el suelo yace el hecho bruto de su muerte. Ahora sabemos un poco mejor qué frágil es un cuerpo, sobre todo cuando se abandona a la ley de la gravedad. Seguimos sin saber qué es eso que aparece como oscura querencia hacia el vacío. En todo caso se ha producido un encuentro-choque que ha dejado un cuerpo roto, desactivado. El accidente momentáneo ha deshecho la constitución tejida en un flujo de acontecimientos múltiples y ha destruido la maravillosa singularidad de **una** vida. "Una herida se encarna o se actualiza en medio de un estado de cosas"(2). Y permanece abierta como una ventana o un agujero. La muerte está ahí como ruptura no suturable e incurable, silencio que ya no retorna en palabra, quiebra del pensamiento.

Sería, sin embargo, un disparate descalificar el pensamiento de Deleuze por su muerte o hacer de ella la clave para interpretar su vida y su obra. Porque la tomó en serio, se resistió a otorgarle el privilegio, el poder de regir la vida negándola; como se negó a cualquier exaltación del suicidio. La muerte es un mal encuentro, un accidente que muestra la condición trágica del orden natural. Y el suicidio no es la suprema decisión libre, sino efecto de impotencia, derrota. Incluso si es autoejecutada, la muerte es reactiva. Justamente por eso, la filosofía activa y alegre no es una meditación de la muerte, sino de la vida.

Deleuze ha sido un verdadero filósofo. A pesar de las demandas de esta época no se ha contentado con ser crítico, intérprete o comunicador. Su trabajo ha consistido en "crear conceptos", que son verdaderas paradojas y que resultan inseparables de los "perceptos" y de los afectos (3). Filosofía pura fuera de sus límites. La literatura, el cine, la pintura, la historia de la filosofía... no han sido para él dominios, sino planos en los que desplegar transversalmente los movimientos del concepto. Su lectura de Hume, Nietzsche, Kant, Bergson, Spinoza o Leibniz no los embalsama, sino que recrea su potencial de construcción y su dinamismo intelectual. Rescata, así, una historia relegada, diferente.

Por esa vía avanza en la gestación de un pensamiento nuevo, que quiere ser la "inversión

del platonismo" y se articula en torno a conceptos como inmanencia, diferencia, expresión, acontecimientos etc. Diferencia, por ej., que no es la sombra de la identidad, ni limitación exterior, sino cualidad de la potencia constituyente, que no deriva de la negación, sino de la afirmación múltiple, que no es propiedad de un sujeto, sino acontecimiento. Diferencia alegre que puede ser querida por sí misma y retorna sin repetirse (4). Esa realidad se opone a las fijaciones, configura espacios abiertos y desterritorializados, reclama un pensamiento nómada e incita a los desplazamientos. Su estructura no es arborescente, lineal y jerarquizada, sino rizomática. El rizoma conecta un punto con cualquier otro, sus relaciones no son binarias, no es una derivación del Uno ni pretende encerrarlo Todo, no tiene principio ni fin, pero desde el medio se expande y desborda, es un sistema en mutación y reorganización continua (5).

El objetivo de esta filosofía compleja y a veces difícil, es producir una existencia nueva y realmente libre. Del Anti-Edipo, uno de sus libros más oscuros y rabiosamente rizomáticos, dijo Foucault que es una "introducción a la vida no fascista" (6). Una crítica de los microfascismos y un dispositivo contra las servidumbres voluntarias, el amor a los amos y la sujeción al poder (6).

El interés de la obra de Deleuze para el psicoanálisis radica, ante todo, en su misma filosofía, en los conceptos que crea y los agenciamientos que promueve. Pero, además, el psicoanálisis ocupa un lugar relevante en su obra. La colaboración estrecha con F. Guattari, antiguo discípulo de Lacan, resultó decisiva para tomar en serio la realidad del inconsciente y de la cura analítica, pero también para la crítica del psicoanálisis establecido. El intento de Deleuze-Guattari consiste en introducir el inconsciente en la realidad y en la filosofía, haciendo "una especie de spinozismo del inconsciente", frente al cual "Lacan representa el platonismo a subvertir" (7). A juicio de ambos el psicoanálisis, embargado de interpretación y de estructuras edípicas, se ha convertido en una empresa fantástica de sujeción, que impide la "producción de deseo" y la "formación de enunciados" (8). Para ellos, por el contrario, el inconsciente no es un teatro, sino una fábrica, "una sustancia que hay que producir" y hacer circular, una máquina sin sujeto ni objeto y desterritorializada, no un régimen familiar. El deseo no está ligado a la Ley, ni se define por ninguna carencia esencial, no fluye en la interpretación, sino que experimenta, se las agencia, construye, revoluciona. Sus contra-sentidos son "relacionarlo con la carencia o la ley, con una realidad natural o espontánea, con el placer"(9). En ese régimen de significantes y de estructuraciones, el deseo termina deseando su propia represión.

Un ejemplo resulta especialmente expresivo de la posición de Deleuze: la anorexia. Se trata para él de un hecho "micropolítico" que rompe el circuito del consumo y del sistema que éste sostiene, una protesta de mujer contra el funcionamiento del cuerpo reducido a órganos que la convierte en objeto y la entrega a la dependencia, un modo de fabricarse un cuerpo anorgánico, un ardid contra las exigencias del hambre, de la carencia, de la familia...(10). Sin duda la anorexia introduce una ruptura y cuestiona radicalmente; pero ¿de verdad produce un nuevo régimen y revoluciona algo, o es un efecto doliente de la saturación del sistema, una

muestra de nihilismo reactivo, sin más fuerza que la de la negación autodestructiva y la voluntad de muerte?. Para el psicoanalista clínico, Deleuze es víctima de la ilusión del filósofo.

Deleuze ha incorporado el psicoanálisis en la filosofía, y le devuelve un cuestionamiento radical, a la vez que lo digiere mal. Se trata de un encuentro surcado de malentendidos, conflictos..., que, sin embargo, produce un impacto recíproco que sacude a ambos y los obliga a pensar de nuevo. Una buena muestra de la relación entre filosofía y psicoanálisis. En el encuentro-choque experimentan la necesidad de interpelaciones e intercambios y la imposibilidad de su integración. Las diferencias cuestionan, afirman, insisten.

Notas:

- (1) DELEUZE, G. L'Anti-Oedipe Paris, Minuit, 1972 p.394. Diálogos Valencia, Pretextos, 1980, p.72.
- (2) DELEUZE, G. "L'inmanence: une vie..." Philosophie n° 47 (1995) p.7
- (3) DELEUZE, G. ¿Qué es filosofía? Barcelona, Anagrama, pp.11 y 64ss.
- (4) DELEUZE, G. Différence et répétition Paris, PUF, 1972, pp. 78,81. Nietzsche y la filosofía Barcelona, Anagrama, 1971, p. 265.
- (5) Cfr. DELEUZE, G. Mille plateaux Paris, Minuit, 1980, p. 31-32, 464ss.
- (6) FOUCAULT, M. "L'Anti-Oedipe: une introduction à la vie nos fasciste" Magazine littéraire n° 257 (1988) p.50.
- (7) DELEUZE, G. Entrevista con R. Bellour y F. Ewald en Magazine Littéraire n° 257, p.21; REGNAULT, F. "La vie philosophique" Ibid. p.33
- (8) DELEUZE, G. Politique et psychanalyse Paris, Les mots perdus, 1977, p. 36 y 40.
- (9) DELEUZE, G. y PARNET, C. Diálogos Valencia, Pre-textos, 1980, pp.89ss, 117ss.
- (10) DELEUZE, G. Diálogos pp. 123ss.

Eugenio Fernández G.